

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**  
**VII Jornadas de Jóvenes Investigadores**  
**6, 7 y 8 de noviembre de 2013**

**Nombres y Apellidos:** Goldman, Brian Leonel/ Grandinetti, Victor Fabián

**Afiliación institucional:** Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales,  
Carrera de Sociología

**Correo electrónico:** [leonel89\\_01@hotmail.com](mailto:leonel89_01@hotmail.com), [percu\\_enredado@yahoo.com](mailto:percu_enredado@yahoo.com)

**Eje problemático:** Eje 5 (Política, Ideología y Discurso).

**Título de la ponencia:** “Testimonios de una crisis: la visión de la Iglesia Católica Argentina”

## INTRODUCCIÓN

Durante la década de los noventa, la Iglesia Católica argentina, a través del Episcopado y las Comisiones de Pastoral Social, impulsó un nuevo “Diálogo Social” para reconstruir las instituciones democráticas frente a la grave situación social y política vivida en el país. Esta tendencia cobrará fuerza con la posterior convocatoria al “Diálogo Argentino” en el ámbito nacional y diocesano. Esto llevó a la Iglesia Católica a cobrar un mayor protagonismo en la ayuda social a través del desarrollo de redes solidarias, reforzadas por su credibilidad social y su autoridad moral especialmente entre los sectores populares. En esta función social, las Comisiones Nacionales y Diocesanas de Caritas y su capital social, se convirtieron en un actor importante de la acción solidaria frente al aumento de la pobreza producto de las políticas económicas neoliberales aplicadas en los noventa. La Iglesia debió replantear y reflexionar sobre su propio rol y su visión de la realidad, reelaborando sus representaciones sociales sobre la realidad argentina. Las intervenciones de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) en la política nacional, sufrieron un cambio producto del agravamiento de la una crisis que se venía gestando. Ese cambio se sitúa en la 80ª Asamblea General de la CEA, en noviembre del año 2000 (Orgambide, 2002), en la que se trató la globalización, el desempleo y la cultura de trabajo, la deuda externa, la educación y la política entre otros. El objetivo propuesto fue responder a pedidos explícitos de los actores, teniendo un mayor contacto con ellos, y no aislarse como un miembro o sector más entre otros. Para reconstruir las representaciones sociales de la Iglesia como institución, las definiremos como construcciones simbólicas que se crean y recrean en el curso de las interacciones y organizaciones sociales; que no tienen un carácter estático ni determinan inexorablemente las representaciones individuales. Son maneras específicas de entender y comunicar la realidad e influyen a la vez que son determinadas por las personas a través de sus interacciones (Moscovici, 2000: pág. 17). La representación social transforma o construye el objeto, ya que el objeto real es interpretado y en esa interpretación están presentes valores, ideologías, necesidades, roles, etc. Estas representaciones son parte del sentido común y son utilizadas para orientar y justificar los comportamientos de los grupos (Moscovici, 1979: pág. 52). Estas representaciones son de naturaleza social ya que se relacionan con aspectos socialmente significativos, son construidas en la comunicación social e implican un significado común dentro de una comunidad con cierta historia y ciertos valores, en este caso, la Iglesia.

## LA IGLESIA Y SU VISIÓN DE LA CRISIS

A comienzos del 2001, la Iglesia reconoce la existencia de la crisis, a través de la Comisión Justicia y Paz del Episcopado, la cual afirma que no se debe continuar por el rumbo económico vigente, y que la pobreza, desempleo y marginación no son inexorables, ya que el desafío es para todos pero especialmente para los políticos (La Nación: 15/01/2001). La Iglesia se encuentra en una posición compleja en relación al gobierno de la Alianza, ya que éste último busca desesperadamente acercarse a la institución para ganar legitimidad frente a la sociedad. A principios de mes, De la Rúa realiza un viaje oficial al Vaticano, y declara que los obispos son los interlocutores más importantes con la Santa Sede, simultáneamente al nombramiento de Jorge Bergoglio y Jorge Mejía como cardenales. En relación a la crisis, Bergoglio declara: *“Pero yo no perdería la esperanza porque estoy vislumbrando lo que yo llamo la “generación transversal”, mujeres y hombres que son capaces de olvidar a qué partidos pertenecen y se dan cuenta de que, más que el coto de caza del propio partido y del propio interés, hay que defender el país, y hablan otro lenguaje. Yo aliento a los jóvenes a que se metan en política y sean responsables: la política es una de las formas superiores de la caridad, es trabajar para el bien común, y hay que rescatar la política de las coyunturas que la han empañado”*. (La Nación: 18/02/2001).

No obstante, pueden verse desacuerdos al interior de la Iglesia en cuanto al papel político que debe desempeñar la institución: la postulación del cura Luis Farinello como candidato al Congreso es rechazada por la mayoría de los prelados (La Nación: 27/01/2001), y el obispo Jorge Casaretto renuncia como miembro de la Comisión Episcopal de la Pastoral Social debido a la participación de Guillermo García Caliendo, secretario del organismo, en una movilización de la CGT dirigida por Hugo Moyano. La Comisión del Episcopado desautoriza a Caliendo públicamente pero Raúl Primatesta (presidente de la Comisión Ejecutiva) no acepta la renuncia presentada por Caliendo. Primatesta defendía regularmente a Caliendo y al rumbo seguido por la Comisión. Hubo quejas dentro y fuera de la Iglesia por este sesgo “corporativo” que ignoraba las instituciones. No obstante, la dirección de la Pastoral Social niega que la renuncia de Casaretto sea por un conflicto interno. Es clara la tendencia a negar toda posible división ideológica al interior de la Iglesia. Dice Jorge Mejía: *“(…) Yo creo que todos somos conservadores y progresistas, porque ser conservador significa mantener la*

*integridad constante de la tradición católica, y la identidad católica, que no es negociable, Y al mismo tiempo somos progresistas porque todos estamos convencidos, por lo menos la mayoría, de que esa identidad, que es única e irrepetible, sin embargo, se puede adaptar sin comprometerla al curso de la historia, como hizo el Vaticano II. Por consiguiente incluso un criterio para no ir demasiado adelante es que la Iglesia tiene un frente que no puede ser desarmado”.* (La Nación: 19/02/2001).

La Iglesia mantiene una dura crítica a la dirigencia política durante todo el período, exigiéndoles una “transformación” de sus valores y prioridades para tomar las medidas necesarias. El arzobispo de San Juan, Alfonso Delgado, dijo al respecto que *“la política debe dejar de ser una especie de juguete con el que se divierten los políticos, para ser una de las más altas expresiones de la solidaridad, de la justicia y de la calidad social.”* (La Nación: 23/03/2001). A estas críticas se le sumaron otras como la de Beatriz Buzzetti, presidenta de la Acción Católica Argentina, quien destacó la necesidad de un *“cambio moral”* que fortalezca *“la identidad como nación para lograr un crecimiento sostenido y solidario, con equidad social, que ponga especial atención en los más necesitados. [...] Es hora de terminar con las luchas de poder, con la tentación mediática y manipuladora. Es hora de mirar de frente esta encrucijada histórica, de no quejarse solo del mal que viene del exterior y que nos condiciona, sino asumir también nuestros errores, nuestras lentitudes y nuestra comodidad”* (La Nación: 07/04/2001). Es importante destacar la reunión entre el secretario ejecutivo de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, Arteminio Staffolani, y la ministra de trabajo Patricia Bullrich, donde el primero le solicitó al gobierno que haya respuestas sociales además de económicas. El prelado (mano derecha de Primatesta) comentó el inquietante panorama que se vislumbraba en el interior del país, y advirtió sobre *“posibles estallidos sociales si no se atiende con urgencia la gravedad del asunto”* (La Nación: 28/03/2001). Aquí comienza a parecer una tendencia que se reforzará con el correr de los meses: a pesar de su rechazo a participar en política, la Iglesia irá acercándose cada vez más a la arena política, pero siempre como una fuerza “extrapolítica”.

Días después, durante una misa, el arzobispo de Córdoba, Carlos Nañez, pidió orar para que *“aquellos que tiene la responsabilidad de gobernar sean más sensibles a las necesidades de la gente y a la consecución del bien común”*. También exhortó a la comunidad católica a enfrentar con las enseñanzas de Jesús *“las circunstancias de*

*incertidumbre, dolor y desencanto que atraviesa la sociedad*”, practicando a la vez “*gestos sencillos en la vida cotidiana*” a fin de que “*se refunden los vínculos de una patria más digna y solidaria*”. Durante las ceremonias realizadas en la catedral cordobesa, un sector de religiosos, que se identificó como Grupo Sacerdotal Enrique Angelelli, distribuyó un folleto que afirmaba “*aportar otra mirada*” sobre la realidad argentina y el papel que en ella le cabe a la Iglesia Católica. Asimismo, los mensajes de los obispos por Semana Santa se orientaron a atender las necesidades de los sectores más postergados. Bergoglio pidió a 400 sacerdotes no olvidarse de los excluidos y olvidados y recordó que la distancia de los obispos frente al poder político, es una de las características más marcadas de los últimos años. Advirtió sobre el incremento de la brecha entre ricos y pobres, y aprovechó la ocasión para reafirmar el compromiso de la Iglesia con el fortalecimiento de las instituciones democráticas. Recomendó “*no hacerles el juego a las corporaciones*”. Casaretto, por otra parte, invitó a “*anteponer el bien común a cualquier interés personal o de grupo y a preocuparnos prioritariamente por los pobres*” (La Nación: 15/04/2001). Aparece así otra de las características del discurso de la Iglesia: el rechazo a toda forma de interés sectorial y corporativismo, priorizando el interés “nacional” por encima de todo.

En la reunión de obispos del noroeste argentino con el presidente De la Rúa y varios ministros, diez prelados plantearon sus inquietudes por cierta “*debilidad institucional*”, que demoraba programas y respuestas a los problemas; la falta de independencia de la Justicia en sus provincias, la candente situación social evidenciada en el desempleo y la falta de una visión de largo plazo en la educación, cuestionando la deserción y la reticencia a instrumentar la ley federal de educación. (Página 12: 08/05/2001). Se ve ya el llamado de preocupación de la Iglesia acerca de los riesgos de quiebres institucionales, junto con el problema central de la “deuda social”. Como dijo Ramón Staffolani: “*Creemos necesario fortalecer la esperanza a través de la oración, una vuelta a Dios, y pedirle a la dirigencia gestos de magnanimidad, para que puedan todos los sectores, sin sectarismos, buscar juntos caminos que ayuden a todos los que están sufriendo más este momento*” (La Nación: 10/05/2001)

Con la publicación del documento “Hoy la Patria requiere algo inédito”, acerca de la situación social, el episcopado dijo que los partidos se estaban desdibujando y que no eran escuela de civismo ni de selección de los más aptos. Estanislao Karlic hizo una

severa crítica a la dirigencia política. Afirmó que: *“La crisis de la escala de valores que padece la dirigencia y su resonancia en las instituciones hace peligrar la identidad e integridad de la nación. (...) La acción política parece esterilizarse por la afanosa búsqueda personal y sectorial de los poderes y riquezas, y pervierte cuando grupos económicos o financieros la hacen instrumento de su interés. (...) La crisis de la escala de valores que padece la dirigencia y su resonancia en las instituciones hace peligrar la identidad e integridad de la nación. (...) La democracia reestablecida hace más de 17 años olvidó su misión de recrear a la sociedad argentina que había sido enfrentada y herida por desencuentros y luchas fratricidas. (...) Más que los indicadores económicos lo que nos hace percibir la gravedad del problema es la presencia y la extensión de la pobreza del pueblo y el desconcierto de los dirigentes. (...) Las acciones políticas parecen esterilizarse por la afanosa búsqueda personal de poder y riquezas, y pervertirse cuando grupos económicos o financieros la hacen instrumento de su interés.”* (Página 12: 13/05/2001).

Unos meses después, durante una entrevista realizada en la 32ª Colecta Más por Menos, Antonio Baseotto (obispo de Añatuya) declaró: *“La corrupción tiene su base en el egoísmo. Quien solo piensa en lo propio va a apelar a cualquier recurso para tener más (...) Lógicamente tiene que haber decisiones de un orden mucho mayor, pero un mal como el de la corrupción comienza en el corazón de cada hombre. Si cada uno barre la vereda frente a su casa, toda la cuadra va a estar limpia. Si cada uno se ejercita en el amor verdadero, que es el que tiene en cuenta al prójimo, y aún con sacrificio aporta para el bien de ambos, la sociedad va a mejorar. Los cambios estructurales hechos a la fuerza están condenados al fracaso. Si, en cambio, comienzan en la base, en el corazón de cada hombre, van a ser duraderos. (...). Tiene que cambiar la comunidad para que la estructura política cambie, el resto es artificial. Si la transparencia fuera la tónica en todas las instituciones que tiene que ver con la comunidad, la colaboración sería mucho más generosa y eficiente. Pero la cuestión está en no desanimarse y machacar la idea permanentemente, para lo cual los medios de comunicación son fundamentales.”* (La Nación: 10/09/2001)

Aquí se ve un elemento central en la concepción que la Iglesia acerca de la crisis: la causa fundamental de la situación social, política y económica es moral, originada en la corrupción de valores e ideales de la gente (especialmente los dirigentes políticos). Esto

genera una tensión al interior de la Iglesia, ya que por un lado su diagnóstico de la situación es moral, recurriendo a conceptos más bien abstractos, como *“la gente”* y *“la nación”*, pero por el otro, su cercanía a los pobres y los humildes la lleva cada vez más a reclamar propuestas concretas, como las exigidas por Jorge Casaretto en el plano económico: *“Aún comprendiendo las dificultades económicas del momento, optar por los pobres significa en concreto no disminuir los fondos de los planes sociales ya existentes en todo el país. Es necesario cumplir con esos compromisos porque la reducción de los mismos significaría en muchos casos cierres de hogares para niños, comedores o centros asistenciales que cubren las necesidades más elementales”*.

(Página 12: 07/10/2001). O como los planteos de Jorge Lozano acerca de las elecciones legislativas en el plano político: *“Hay una crisis de representatividad, el descrédito y la apatía reinan hacia la dirigencia. (...) La acción política parece esterilizarse bajo la afanosa búsqueda personal y sectorial de poder y riquezas. (...) Hay que analizar las propuestas y ver si privilegian a los pobres, defienden la vida y se comprometen con la justicia. (...) Hay que observar la trayectoria de los candidatos, que hicieron o dejaron de hacer. No todo da lo mismo. (...) El país sufre dos “enfermedades”: la evasión de impuestos y el despilfarro de los fondos del Estado, que es dinero sudado por el pueblo. Ambas comprometen la equidad social y la justa distribución del ingreso”*. (La Nación: 8/10/2001).

Pero el fenómeno más interesante acerca del papel político de la Iglesia se da cuando el gobierno, a través de la ministra de Seguridad Social Patricia Bullrich, pidió a la cúpula de la Iglesia que ayude al gobierno nacional en el tema del canje de la deuda, La ministra dialogó con Bergoglio, Mirás y Karlic, y dijo *“les hemos dicho que nos tiene que ayudar con el canje, porque una palabra de la Iglesia es importante”*. Esta referencia a la “palabra” de la Iglesia no es otra cosa que una expresión de su legitimidad a los ojos de la sociedad argentina: la Iglesia es la única institución que a lo largo de la crisis va ganando legitimidad y reconocimiento por parte de la sociedad<sup>1</sup>. Al hablar del tema social, Karlic le recomendó que en la mayor parte de los casos fuera la

<sup>1</sup> En un estudio del CIMA (Consorcio Iberoamericano de Empresas de Investigación de Mercado y Asesoramiento) durante el período estudiado, se mostró que en Latinoamérica la Iglesia era la institución más creíble, con el 71% de aprobación, superando a la policía, las fuerzas armadas, la justicia, el congreso, las empresas, los medios televisivos. En Argentina, la confianza en la Iglesia llegaba al 60%, mientras que en los partidos políticos era del 10% (La Nación: 14/11/2001)

madre quien recibiera la tarjeta que será instrumento para canalizar la ayuda social, *“porque ella es quien mejor usa los recursos para sus chicos”*. Los obispos plantearon como prioridad atender a los niños y que la columna vertebral de estos proyectos fuera la educación. Los prelados pidieron una propuesta concreta para que las parroquias puedan ayudar en el censo de las necesidades. (La Nación: 07/11/2001).

A medida que crece la intensidad de la crisis, se refuerzan los planteos de unidad de la Iglesia. En el sínodo de obispos, en el Vaticano, Bergoglio dijo a los periodistas argentinos que *“la fuerza de la Iglesia, está en la comunión, su debilidad, en la división y la contraposición”* (Página 12: 13/10/2001). Unos días más tarde, Jorge Bergoglio, Carmelo Giaquinta (arzobispo de Resistencia), José M. Arancibia (arzobispo de Mendoza) y Luis Villalba (de Tucumán), entre otros, redactan un documento para exteriorizar la voluntad de la jerarquía católica de afrontar la crisis. En el documento mencionan la raíz moral de la crisis, y la ruptura del vínculo social. Bergoglio dijo que la Iglesia podía ofrecerse como ámbito para el diálogo y advirtió sobre el respeto a las instituciones. Giaquinta habló del diálogo político, al que los obispos aportan la doctrina social de la Iglesia. Y Casaretto divulgó una carta pastoral donde dice: *“el problema argentino no es solo económico ni político. Es mucho más hondo, se ha desintegrado la escala de valores en la vida argentina”*. Aunque hay coincidencia amplia entre los obispos de que la Iglesia goza de credibilidad y prestigio, para propiciar la búsqueda de acuerdos básicos, consideran que eso es tarea de la mediación política. (La Nación: 17/11/2001). Este documento es explícito en varios aspectos. Acerca de las causas de la crisis, se mencionan *“una concepción mágica del Estado, despilfarro de los dineros del pueblo, liberalismo extremo mediante la tiranía del mercado, evasión de los impuestos, falta de respeto a la ley (...) incumplimiento de la palabra empeñada, atropello de los derechos ajenos por el abuso de las medidas de fuerza y mala voluntad para participar en los sacrificios que requiere la reconstrucción de la Patria.”* Mirás dijo: *“la Iglesia no querría, de ninguna manera, la quiebra del orden institucional”*, rechazando una posible salida anticipada del gobierno. *“Es como si estuviéramos caminando sobre un vaso de cristal que, en cualquier momento, se quiebra.”* Sobre la deuda externa dijo: *“Siempre hemos pensado que la deuda tiene mucho de injusta. (...) No es suficiente decir hemos pedido un préstamo y tenemos que aguantarnos los resultados, cuando el camino de esa negociación cambia, sin que el peticionante tenga nada que ver con que suban los intereses. (...) Las soluciones deben encontrarse por el marco de la*

*Constitución, porque ella tiene los resortes para solucionar todos los problemas. (...)*. (La Nación: 18/11/2001). También en relación a la deuda, el obispo de Viedma, Hesayne, dijo que *“obispos y sacerdotes hemos de denunciar el pago de la deuda externa como el mayor pecado contra el Reinado de Dios en la sociedad argentina, asumiendo las conclusiones de juristas probos y dirigentes honestos de variados sectores y ciencias sociales”*. Para el obispo la deuda es “ilegítima” porque *“fue acumulada por gobernantes de facto, con el ofrecimiento de financieros internacionales que con los años exigieron intereses usureros con el consentimiento de gobiernos constitucionales”*. Criticó la política oficial del “déficit cero” porque es *“rebaja de salarios y más recortes alas inversiones sociales”*. *“Muchos de los actos de endeudamiento fueron ilícitos, como ocurrió con el endeudamiento compulsivo y fraudulento de empresas estatales”* y porque *“a la deuda contraída por el Estado se sumaron las deudas que habían contraído en su exclusivo beneficio empresas privada. (...) Una Iglesia que no denunciara el pecado social de la deuda externa, sería una Iglesia infiel”*. (Página 12: 19/11/2001)

Estas declaraciones muestran la preocupación de la Iglesia por el orden institucional, la concepción moral de la crisis, en tanto originada en una “*corrupción*” de la moral argentina, y en la postura fuertemente política que adopta en relación a las políticas sociales del gobierno, el pago de la deuda externa, el déficit fiscal, entre otros. Tras haber dialogado con el gobierno el día 11/12/01, la iglesia reclamó renunciamiento de la clase dirigente luego de los días de sesiones y descartaron la voluntad de servir a un sincero dialogo, respetando las instituciones políticas: *“Es necesario no mentirle a la gente. No habrá un dialogo útil y creíble si cada sector no se pregunta sinceramente a qué está dispuesto a renunciar por el bien del país. Es tan grande la apetencia del poder que la Nación se torna ingobernable. Para superar esta crisis moral es necesario no mentirle a la gente con promesas que no se habrán de cumplir. (...) Nuestra patria está empobrecida: provincias pobres, municipios pobres y careciendo de un proyecto de país que nos integre y compenetre, hemos perdido crebilidad ante el mundo. No le corresponde a la Iglesia llevar a cabo esta tarea. No podemos hacer nada.”*

En una audiencia para el 19/12/01, el papa Juan Pablo II dedicó un párrafo a la crisis argentina y pidió reconciliación: *“Al volver a vuestra patria sus portadores, den mi palabra de ánimo y esperanza para esta Navidad y Año Nuevo. Por intersección de la*

*santísima Virgen de Lujan, pido al Señor que los argentinos, con magnanimidad y generosidad, encuentren, en estos momentos de dificultad, caminos de reconciliación y de entendimiento mutuo para construir, con la ayuda de Dios y con la colaboración y el aporte de todos, un futuro de paz y prosperidad. A todos, mi bendición apostólica.*”(La Nación: 19/12/01) Tras las declaraciones del sumo pontífice, el Obispado argentino rechaza administrar la reasignación del gasto social, en una reunión entre empresarios, obispos, sindicalistas y políticos, siguiendo la línea de mantenerse al margen de la acción política más explícita.

Un día después, la política ausente había logrado dramatizar la bronca y el descreimiento de esa multitud que se agolpaba en Plaza de Mayo. Seguido por un feroz desalojo de la plaza comandado desde la Casa de Gobierno, la crisis se agudizaba y a los saqueos se le sumaban asaltos en los camiones a las rutas. Fracasadas las negociaciones con la oposición, De la Rúa decidió renunciar a su cargo presidencial. En Plaza de Mayo, como presagio, los manifestantes habían puesto en la pirámide una corona fúnebre. Al terminar la jornada los muertos serían 30.

Luego de los trágicos acontecimientos, la Iglesia comenzó a dividir sus opiniones con el fin de establecer nuevos parámetros para solucionar la crisis. Por un lado, una mirada más pesimista sobre el futuro del país encabezada por Estanislao Karlick, que apunta al compromiso político y al cumplimiento del deber y la palabra en vísperas de remontar el rumbo del país. Existe un *“urgente llamado a la responsabilidad”* de la clase política, para exhortar a los dirigentes a renunciar *“a sus intereses personales o de partido”*, y trabajar junto al pueblo *“con dignidad”* para superar *“la extrema gravedad de la situación y el peligro de anarquía. La crisis moral se representa en la economía, la política y la cultura, donde la falsa escala de valores, de un egoísmo de individuos y de grupos, ha provocado la tragedia humana que padecemos. Es cada vez más urgente que toda la Nación se ponga a trabajar sobre algunos puntos fundamentales que se transformen en políticas de Estado indiscutibles, que tengan como privilegiados a los mas pobres, los enfermos, los jubilados, los desesperados”*. (La Nación: 2/01/02). Por otro lado, una mirada de cara al compromiso social, al trabajo por la paz social y la acción del pueblo. *“Debemos apreciar la madurez de este nuevo tipo de realidad, de características inéditas hasta ahora en el país, y por el cual la gente, sin que nadie la convoque, sin que ningún partido político la dirija, salen a exigir que sus reclamos*

*políticos se escuchen. Una vez más, una minoría terminó estropeando lo que es de todos, porque con la violencia se han lesionado vidas y se ha dañado, incluso, el patrimonio histórico urbano de Buenos Aires, que es del pueblo argentino, no de un gobierno”.*

Mientras avanzan los intentos de encontrar soluciones a la crisis, la Iglesia refuerza sus críticas a los sectores más poderosos, como los empresarios, políticos, bancos, y la Corte Suprema de Justicia: *“Hemos comprobado que, si bien son muchas las propuestas que se van recibiendo, son pocos los ofrecimientos de renuncias personales o sectoriales que permitan pensar en una verdadera voluntad de cambio”* (Página 12: 29/01/2002).

Cuanto más se profundizan los efectos de la crisis, el discurso de la Iglesia se va volviendo más concreto, confluyendo en propuestas y exigencias económicas y políticas. En palabras de Casaretto: *“No llegar a un acuerdo sería una muestra de debilidad de la dirigencia. La crisis de los argentinos es una crisis del bien común. No está claro cuál es nuestro bien común. Por eso el trabajo pendiente es delinear y hacer que este prevalezca por sobre los bienes particulares y sectoriales. Aunque no haya una fecha límite, estimo que es un mes y medio nos retiramos. Es escandaloso que haya un 56% de chicos y jóvenes pobres. Hay que volver a los valores, la dirección ética tiene que estar reflejada en acuerdos. Con respecto a la reforma política, se debe bajar el gasto público y eliminar las jubilaciones de privilegio. De la mesa socio-laboral productiva se busca dar respuesta para reactivar la producción, llegar a acuerdos entre empresarios y sindicatos para que cesen los despidos y las huelgas. En cuanto a la educación, hay que buscar que se elimine la exclusión y garantizar los 180 días de clases para todos los alumnos del país. Le pedimos al gobierno y a los gremios que hagan un esfuerzo para que los chicos no sean el fusible de sus discusiones políticas. El signo más profundo de la crisis es la profunda fragmentación social”* (La Nación: 18/02/2002). Aquí se ven claras exigencias a la dirigencia social (reactivar la producción, bajar el gasto público, garantizar los 180 días de clase, etc.). Es interesante notar que en todo momento la Iglesia conserva y defiende una posición intermedia entre los diversos sectores sociales, como en el caso de empresarios y sindicatos: al proponer evitar tanto los despidos (por parte del sector empresarial) como las huelgas (de parte de los sectores sindicales), se busca anular los intereses sectoriales de ambos grupos.

No obstante, durante los primeros meses luego del estallido social se ve una clara situación de confusión entre los sectores comprometidos en la Mesa del Diálogo Argentino, como dice Maccarone: *“estamos todos contra todos. La sensación es que no hay clases, grupos o sectores enfrentados, sino que estamos todos contra todos; la sensación es de resquebrajamiento social muy fuerte, y eso es lo que hace que esta crisis sea inédita, lastimosamente”* (La Nación: 02/03/2002).

Aún en el momento de mayor coherencia en el discurso de la Iglesia se ven divergencias y contradicciones en el seno de la institución acerca de la crisis. Durante la visita de varios obispos al Papa Juan Pablo II, Karlic informó que *“la crisis argentina es fundamentalmente crisis moral. Sabemos que la profundidad y generalización de la corrupción que nos afecta exige junto a cambios de estructuras, una conversión del corazón y de las costumbres, sumamente dura y difícil. Queremos ser nación, una nación cuya identidad sea la verdad y no la mentira; el amor y no el odio; el trabajo y el pan; y no el desempleo y el hambre; la vida y no la muerte; la familia y no la triste soledad; la libertad y la justicia, la solidaridad y la paz.”* (La Nación: 06/03/2002). El mismo día, los obispos Joaquín Piña Batllelevel (Puerto Iguazú) y Juan Rubén Martínez (Posadas) dijeron frente al Papa que *“la crisis es el resultado de la política económica, de gobiernos que han seguido al pie de la letra todos los dictámenes que nos iba marcando el FMI. Debe venir gente nueva porque los políticos están muy desprestigiados: armaron todo para perpetuarse en el poder”*. Batllelevel, que fue uno de los más duros críticos de Menem, dijo: *“acá en Roma se hacía el buenito, pero para nosotros fue otra cosa. Este señor le hizo mucho daño a la Argentina”*. Martínez dijo que *“la dirigencia política tiene que plantearse una profunda reflexión”* (Página 12: 06/03/2002). Aquí se ven dos visiones sobre las causas de la crisis: una claramente moral, vinculada a la corrupción y que solo podría resolverse por un acto de conversión de la dirigencia (Karlic), y otra que considera que la causa fueron las políticas económicas impulsadas por el gobierno y el FMI, y que solo podría resolverse con un reemplazo de los miembros de la dirigencia política (Batllelevel y Martínez). Además es permanente el llamamiento del clero a evitar la anarquía, considerada como el paso siguiente a la crisis, incluso por parte del Papa.

En la declaración episcopal “Para que renazca el país”, los obispos indican que *“tenemos un país frenado por falta de acuerdo y de grandeza de sus actores políticos, sociales y económicos, e incapaz de dar respuestas apropiadas a la gravedad de esta crisis terminal. Hay un vacío de la dirigencia que impide encontrar los caminos de la honesta representación política, de la equidad social y de la seguridad jurídica. Los intereses sectoriales y corporativos siguen queriendo imponer su fuerza en desmedro del interés general. En gran parte del pueblo hay deseos de una Argentina nueva, pero no encuentra en sus dirigentes la voluntad suficiente para cambiar los errores que nos han degradado tanto. El Diálogo Argentino, para que tenga eficacia y también credibilidad, ha de despertar en la dirigencia política, financiera, sindical y empresarial la necesidad de gestos y signos que muestren un sincero deseo de cambios reales y profundos. Todo el pueblo ha sufrido las consecuencias de medidas económicas y financieras muy graves, que han afectado a la moneda, al valor y disponibilidad de los ahorros, a las fuentes de trabajo y a las relaciones con otros pueblos”* (La Nación: 22/03/2002).

Nuevamente vemos que la crítica principal va siempre dirigida a la dirigencia política primero y económica después, y el “pueblo” (sin referencias a sectores o clases dentro del mismo) es víctima de la falta de visión de los poderosos. En este documento, los obispos estiman explicables nuevas formas de protesta social, pero advierten que *“pueden desembocar en un ambiente de anarquía generalizada. El enfrentamiento y la descalificación como sistema, incluso por el uso irresponsable de los medios de comunicación, se oponen a una convivencia plural y madura”*. Solicitan que *“los organismos internacionales de crédito tengan la comprensión y la responsabilidad necesarias en este momento crítico del país, que presenta signos dramáticos de una creciente pobreza y peligro de enfrentamientos sociales”*. (La Nación: 22/03/2002).

También el mensaje leído por Casaretto en la Mesa del Diálogo a los gobernadores y a Chiche Duhalde es claro respecto a las críticas eclesióásticas hacia la dirigencia: *“hay lentitud y falta de voluntad para instrumentar las coincidencias del diálogo social. La Iglesia no está aquí para cualquier cosa. Está para construir un país viable y no para continuar con este modelo de corrupción y privilegios. La Iglesia no se irá; en todo caso serán los otros los que no cumplieron los acuerdos. Los intereses sectoriales y corporativos siguen queriendo imponer su fuerza en desmedro del interés general. Hay deseos de una Argentina nueva, pero no encuentra en sus dirigentes la voluntad*

*suficiente para cambiar los errores que nos han degradado tanto.*” (Página 12: 27/03/2002). También se ven los desacuerdos entre el gobierno y la Iglesia en materia de la aplicación de los paliativos para la miseria social: respecto a la instrumentación de los planes laborales, el gobierno plantea que se debe generalizar ese derecho con una inscripción libre de los beneficiarios ante los consejos consultivos barriales y municipales de todo el país, la Iglesia, por otro lado, con apoyo de los bancos, prefiere la creación de un padrón de desocupados para evitar un aluvión espontáneo de aspirantes a recibir el subsidio.

Otra situación de quiebre en la visión de la Iglesia se dio cuando el titular de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, Primatesta, le planteó al presidente Duhalde que no acate las directivas del FMI y produzca en cambio *“un fuerte shock de trabajo y producción”* en el orden interno. Tras la llegada de la delegación del FMI al país unos días antes, Primatesta encomendó a su secretario (Guillermo García Caliendo), a los dirigentes sindicales Hugo Ghilini (SADOP) y Luis Cejas (Viajantes), al economista Daniel Carbonetto y al empresario Osvaldo Rial que le llevaran esta propuesta a la quinta de Olivos al presidente. Primatesta le dijo por teléfono a Duhalde que convenía *“no seguir endeudándose ni acceder a condiciones denigrantes del FMI que impliquen más ajustes, y contemplar determinadas medidas sociales”*. Los delegados dijeron que *“le entregamos a Duhalde un petitorio avalado por el titular de la Pastoral Social que aconseja, de alguna forma, no acatar las exigencias del FMI y propone, en cambio, un fuerte shock de trabajo y producción dependiendo, pura y exclusivamente, de las fuerzas nacionales”* (Página 12: 31/03/2002). Aquí hay una visión económica de la situación de la crisis, más cercana a la de Batllelevel y Martínez que a la de Karlic. No obstante, esta medida llamó la atención en las filas de la Iglesia, ya que hasta el momento las conversaciones con el presidente se canalizaban a través de los tres delegados episcopales a la mesa del DA: Casaretto, Maccarone y Stafolani (obispo de Río Cuarto). Un prelado que se mantuvo en el anonimato aclaró *“se cortó solo [en referencia a Primatesta], pero sus ideas son muy respetadas”*. Primatesta estaba disgustado con el proceso de diálogo, sobre todo porque no se lo había consultado en las últimas sesiones.

Unos meses más tarde, aparece nuevamente la crítica radical a la dirigencia, en un discurso del obispo Casaretto: *“una buena cantidad de dirigentes tiene que borrarse*

*definitivamente de lo que es el quehacer de la política argentina. La clave de la crisis del país – o su mayor enfermedad – es el poderío de los sectores por lo hay que desenmascarar a quienes tratan de disfrazar el interés sectorial del bien común, que es muy frecuente. El mayor impedimento es la fortaleza, el poderío, y la intransigencia de los sectores para construir entre todos el bien común. Como representantes eclesiásticos estamos trabajando con pasión para desenmascarar seriamente a ese lobo vestido de cordero [en referencia a los poderes sectoriales] al que no le interesa la Argentina, no le interesa el país. Estoy convencido de que la solución argentina es política, y debemos buscar una reforma acompañada de una conversión personal de la dirigencia. Tenemos que seguir apestillando a los políticos para que se conviertan y lograr que una gran cantidad se vaya. La mesa del Diálogo Argentino elaboró un proyecto de reforma, no solamente política, yo diría un proyecto de país” (La Nación: 19/05/2002). Aquí coexisten dos visiones sobre la salida de la crisis: una política, que incluye reformas y leyes, y otra moral, que implica la “conversión” de los dirigentes.*

Uno de los discursos más claros y completos sobre la crisis argentina, se dará en el Tedéum del 25 de Mayo en la Catedral de Buenos Aires, donde Bergoglio expondrá frente al presidente y sus ministros que *“hoy, como nunca, cuando el peligro de disolución nacional está a nuestras puertas, no podemos permitir que nos arrastre la inercia, que nos esterilicen nuestras impotencias o que nos amedrenten las amenazas. No sigamos revolcándonos en el triste espectáculo de quienes ya no saben cómo mentir y contradecirse para mantener sus privilegios, su rapacidad y sus cuotas de ganancia mal habida. El banquete al que convoca el Evangelio debe ser lugar de encuentro y convivencia y no un café al paso para los intereses golondrina del mundo: esos que llegan, extraen y parten. No debemos caer en la tentación de la violencia, del caos, del revanchismo. Debemos abrir los ojos a tiempo, pues una sorda guerra se está librando en nuestras calles, aprovechando el desamparo social, la decadencia de la autoridad, el vacío legal y la impunidad. Los ambiciosos escaladores, que tras sus diplomas internacionales y su lenguaje técnico, por lo demás tan fácilmente intercambiable, disfrazan sus saberes precarios y su casi inexistente humanidad” (La Nación: 26/05/2002). Aquí hay tanto una crítica a los sectores dirigentes y a los sectores económicamente privilegiados, como la explícita mención de los capitales internacionales y técnicos extranjeros (presumiblemente del FMI). También aparece el*

llamamiento a evitar el peligro de la anarquía y la violencia (casi en forma de una guerra civil) y de revertir la fuerte decadencia de la autoridad.

Acerca de la violencia en el país y los conflictos sociales, el obispo de Río Cuarto y representante de la Iglesia en el Diálogo Argentino, Staffolani, dijo que *“los argentinos tenemos que entender que no nos podemos destruir porque de seguir así la Argentina va en picado hacia el abismo. En el país hay una confusión muy grande y los conflictos violentos ocurren cuando el odio, el rencor, el hambre y los problemas de la gente no se solucionan”* (Página 12: 28/06/2002). El obispo de Avellaneda-Lanús, Rubén Frassia, sostuvo que *“la profunda crisis que atraviesa el país y la escalada de violencia que se ha sumando a ella, trae un nuevo motivo de preocupación e incita a buscar con creatividad y esperanza los caminos para una pronta solución de los problemas de gran parte de nuestro pueblo. La vida en sociedad se basa en el diálogo permanente y excluye toda forma de violencia física y moral”* (Página 12: 28/06/2002).

Uno de los documentos de la Iglesia que cierran el período estudiado, las “Bases para las Reformas” del Diálogo Argentino, se insiste en la necesidad de relegitimar la totalidad de los cargos electivos nacionales, provinciales y municipales, en el marco de los preceptos constitucionales. El obispo Casaretto dijo que la consigna *“que se vayan todos”* no le gustaba a la mesa porque generaba la idea de un vacío de poder. Pero se manifestó partidario de que se renueven todos los cargos, por mecanismos institucionales. *“Hay que salvar la ley, a través de instrumentos legales. La respuesta ha sido tenue, pero no me siento decepcionado porque los procesos de conversión, de cambio de mentalidad, son largos y difíciles, no se dan del día a la noche. En las próximas instancias la Iglesia dejará paso a los laicos para continuar el trabajo del Diálogo Social. No es bueno que los obispos tengan mucho protagonismo cuando empieza una etapa electoral, en momentos de candidaturas”* (La Nación: 12/07/2002). Dijo que si la Iglesia prestó su “ámbito espiritual” al Diálogo era porque en la crisis había una dimensión ética, moral, del bien común.

Durante la Asamblea episcopal en Pilar, varios obispos acordaron que *“Necesitamos lograr consenso que fortalezca los lazos de pertenencia solidaria a la comunidad y proponernos algunas acciones que generen esperanza a todos. Es necesario que sea la política el principal instrumento de gestión del bien común, de modo tal que sea ella*

*quien discipline y encause también a la economía en el marco de las instituciones vigentes” (La Nación: 25/09/2002).*

Ya terminando el período más intenso de la crisis, el documento eclesialístico “La Nación que queremos”, cierra la visión de la Iglesia en palabras de los principales obispos del país. En palabras de Karlic: *“construir una nación laborista, responsable, transparente, sin exclusión ni violencia, con leyes justas para todos, una nación que viva con confianza en Dios y con los hijos de Dios, que somos los hombres. Hemos venido a buscar los ritos de la solidaridad que tejen el entramado del cuerpo social con el vínculo de la amistad social. Necesitamos un proyecto de Nación cuyo centro sea la familia, la amistad social y la solidaridad. Un líder no tiene derecho a conducir un pueblo quien no ama primero con todas sus fuerzas. Teniendo en cuenta la legitimidad de la Iglesia Católica debe hacer un llamado a profundizar el diálogo ya iniciado a toda la Argentina. Tenemos preocupación por el riesgo existente de que todo ese esfuerzo y liderazgo termine diluyéndose en una crisis de legitimidad que afecte al sistema político” (La Nación: 26/09/2002).* El obispo Mirás dice finalmente que *“tenemos esperanzas en que los políticos se pongan a trabajar en los grandes y graves problemas y encuentren 4 o 5 puntos sobre los cuales es necesario, urgentemente, que la Argentina se ponga en plan para que podamos salir de este momento de crisis tan difícil. El asistencialismo es para el momento de catástrofe, de la necesidad, pero la solución es crear trabajo. Si no estamos decididos a ser soberanos, no estamos decididos a ser nación. Hay que presentar planes que sean factibles para la Argentina y cumplirlos. Porque en general, quienes nos pueden prestar dinero nos piden compromisos que no cumplimos.” (La Nación: 29/09/2002).*

## **CONCLUSIÓN**

En base a lo desarrollado en el presente trabajo, podemos afinar que la representación social que la cúpula de la Iglesia Católica Argentina tuvo de la crisis que vivió el país en 2001-2002, consistió en múltiples aspectos. Con respecto a las causas, la crisis fue atribuida fundamentalmente (aunque no únicamente) a un problema moral en la sociedad y sobre todo en la dirigencia política argentina, expresado sobre todo en la pérdida de valores y en la corrupción. Vinculada con la pobreza, se fijó la perspectiva entre sectores que van desde las clases medias y trabajadoras, como una gran

generadora de pobreza e indigencia. Este es el reclamo central de la Iglesia durante el período, debido a la cercanía de la institución con los pobres y a la vigencia de la Doctrina Social de la Iglesia.

Por otra parte, a nivel nacional la crisis siempre es vista como un problema de alcance total y, más importante aún, las soluciones son propuestas siempre en términos de una “comunidad nacional”, fuertemente vinculadas a Dios y al pueblo. En este caso particular, el discurso de la Iglesia está fuertemente enmarcado en la idea de nación como solución, al punto tal que hay más elementos nacionalistas que religiosos en el discurso de los obispos. Como herramienta para dichos discursos, la Iglesia supo distinguir entre la política, que es valorizada y considerada como elemento fundamental para combatir la pobreza; de los políticos, a los que atribuye gran parte de la culpa de la crisis y a los que considera como carentes de toda legitimidad para gobernar. Es en ellos donde los intereses sectoriales aparecen como un permanente obstáculo para la consecución de medidas concretas, ya sea por parte de los empresarios, de los sindicalistas o de los políticos. Esta problematización en contexto de un plano exterior, los organismos y empresas extranjeras o internacionales (fundamentalmente el FMI), fueron vistos como responsables parciales de la crisis, en relación a las consecuencias de la deuda externa. En relación a este punto puede verse una división acerca de la culpabilidad de estos agentes entre los diferentes obispos.

Con lo que respecta a la cuestión social, la fragmentación de los lazos de pertenencia social a la comunidad, tanto por la situación económica como por la corrupción moral, son vistos como el gran riesgo de fondo de la crisis, como la peor de sus consecuencias, en tanto es asociada directamente con la violencia por parte de los sectores sociales excluidos. En este marco, la protesta social (tanto los piquetes como los cacerolazos) son atribuidos a causas económicas y financieras como la falta de empleo, el no poder disponer de los ahorros, los cambios en el valor de la moneda, etc. No se hace una distinción clara entre quiénes son los que realizan cada tipo de protesta. Por el contrario, las causas de los saqueos son para la Iglesia la fragmentación social, y la pérdida de valores, que genera odio y rencor. La clara división que hace entre dos tipos de protestas (cacerolazos y piquetes por un lado, saqueos por el otro) se basa en la presencia de violencia física, en el caso de los saqueos, y en el carácter “comunitario” de los piquetes

y cacerolazos, debido a la presencia de familias y de consignas colectivas de lucha y reclamo.

Por último, en relación a la posición que ocupa la Iglesia dentro del espacio político y las posturas que adopta frente a las demás fuerzas políticas, podemos decir que: Si bien la Iglesia se considera siempre “por fuera” y “por encima” del espacio político, el progresivo empeoramiento de la situación y el aumento de tensiones sociales, la llevan a convertirse en uno de los actores políticos clave del período, al punto de realizar críticas y propuestas acerca de medidas de gobierno muy concretas, y terminar convirtiéndose en la principal fuente de legitimidad del gobierno luego del estallido del 2001 a través de la denominada Mesa del Diálogo Argentino (junto con las Naciones Unidas, a través del PNUD<sup>2</sup>). Hay una postura de negar toda división interna dentro del cuerpo eclesiástico durante el período estudiado. En los casos en que el conflicto no es negado, es atribuido a posiciones de particulares, no vinculadas a la postura de la Iglesia. Se niega así toda heterogeneidad en el pensamiento eclesiástico, presentado a la Iglesia como una institución unida y perfectamente coherente.

Si bien la Iglesia mantiene distancia del gobierno de la Alianza (a pesar de los intentos de éste último por obtener legitimidad a través de un acercamiento a la Iglesia), se produce un fuerte acercamiento con el gobierno de Duhalde durante el momento más álgido de la crisis, con el objetivo de reconstruir el Estado y la autoridad política. La Iglesia es la única institución de la sociedad argentina que sale de la crisis con mayor legitimidad y prestigio a los ojos de la sociedad que los que pudiera tener anteriormente. La pérdida de legitimidad de las instituciones se da desde el gobierno, la policía y el ejército, hasta la justicia, los medios de comunicación e incluso parcialmente la universidad.

<sup>2</sup> Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Dri, Rubén. *La utopía de Jesús*. Buenos Aires: Editorial BIBLOS, 1997.
- Moscovici, Serge. *El Psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Ed. Huemul, 1979, 2da. edición.
- Moscovici, Serge. *Social Representations: Explorations in Social Psychology* (Representaciones sociales: Exploraciones en psicología social). Polity Press, 2000.
- Orgambide, Pedro. *Diario de la crisis*. Buenos Aires: Editorial AGUILAR, 2002.
- Diario “La Nación”. Años 2001-2002.
- Diario “Página 12”. Años 2001-2002.